

Almada, Ignacio y José Marcos Medina (compiladores), 2011, *De los márgenes al centro. Sonora en la independencia y la revolución: cambios y continuidades*. Hermosillo, El Colegio de Sonora, Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora¹

Luis Anaya Merchant²

La colección 2010 “Los Centenarios”, con esta publicación de El Colegio de Sonora, entrega al público interesado en la historia regional del noroeste mexicano un acabado fruto académico que invita a reflexionar la complicada formación del Estado central mexicano y su articulación con una de sus periferias más lejanas y, por cierto, al mismo tiempo, una de las más exitosas: Sonora.

Huelga mencionar que el esfuerzo de los dos organizadores académicos se dirigió a conmemorar el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución en un solo volumen; lo que constituyó una decisión arriesgada, pero de saldo favorable, toda vez que facilitará a lectores no especializados adentrarse en el estudio del pasado sonoreense. La primera sección del trabajo se integra de seis ensayos centrados fundamentalmente en la Independencia; mientras que la segunda, de ocho trabajos, se ocupa de la Revolución. Conviene observar que esta conmemoración no es un festejo simple. No en el sentido de ser sólo un aniversario adicional, y no lo es pues, hoy por hoy, y por así decirlo, el corte de caja se impone y —como lo propone este trabajo— resulta impostergable revisar y en su caso renovar nuestras reflexiones y nuestros balances en torno a las dos grandes transiciones en las cuales los ensayos de este libro se han propuesto indagar nuevas vetas, abrir nuevas polémicas y cuestionar viejos lugares comunes. Resulta impostergable, pues, sin el menor asomo de duda, ambos fenómenos sociales prefiguraron nuestro presente y, de manera importante, continúan moldeando nuestro modo de entenderlo y por ello tensan también nuestras visiones de futuro.

Por otra parte, el producto final revela que la historiografía sonoreense ha logrado un importante nivel de madurez, algo que tampoco parece inesperado dada la relevancia de sus actores históricos —sobre todo, durante la etapa revolucionaria— y del amplio

¹ Leído en el marco del Simposio de la Sociedad Sonorense de Historia el XXIV Simposio de la Sociedad Sonorense de Historia, el 24 de noviembre de 2011.

² Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Correo electrónico: luisanay@hotmail.com

número de historiadores que se ha ocupado de ellos; en todo caso, el producto revela que continúa arrojando importantes frutos de saber cómo el que ahora tenemos en comento. Los trabajos sobre el periodo tardo colonial muestran la misma tónica, aunque es perceptible que la propia ruptura de paradigmas de este pasado ha producido una reevaluación de los diversos ciclos de la postindependencia, por lo que cabe continuar esperando nuevos trabajos sobre este campo histórico de observación.

De igual modo es pertinente resaltar el aliento que ha reunido y organizado estos ensayos y que me parece que los lectores podrán identificar con relativa facilidad. El aliento al que me refiero y en el que se inscriben los trabajos cae bajo, al menos, tres sentidos peculiares: uno) el alejamiento de cualquier cartabón “nacionalista estrecho”, reductor de los episodios abordados a duelos de héroes y villanos; dos) una actitud de cuestionamiento y de revisión de lugares comunes y, tres) el de perseguir conscientemente la renovación de la historiografía regional procurando establecer revisiones críticas de las visiones heredadas. Dichos *leit motifs*, que se enuncian como las guías de los diversos ensayistas y, hay que suponer, también de sus principales alentadores, son un buen indicador para pensar los artículos.

Sin embargo, si ‘intentamos’ comenzar por el final, es decir con el último trabajo, el de Sandra González Camacho, observaremos que usa directamente el símbolo de la heroicidad para analizar la moderna imagen de los braceros. El término puede ser pensado desde un ángulo provocativo pues ensaya un análisis social de la fotografía de braceros a partir de las colecciones respectivas de los famosos hermanos Mayo y del documentalista norteamericano Leonard Nadel. Y es a través de los Mayo que propone implícitamente a los trabajadores migrantes como unos héroes modernos que quizá lo sean por atravesar por unos martirios que serían increíbles si no hubiesen sido captados para la posteridad por el agudo lente de Nadel y sus anotaciones de las prácticas vejatorias que realizaban las autoridades norteamericanas y que evocan tanto las asimetrías de las dos economías como la despreocupación e ineficiencia del Estado mexicano al defender a sus ciudadanos. El tema de colofón expresa el vivo interés por el presente y convoca una metáfora sugerente: de conjunto el libro entrega imágenes aproximativas de realidades fugaces que han terminado por echar raíces profundas. No puede hacerse de otro modo en la Historia, donde la tarea consiste en reconstruir eventos a partir de fragmentos dispersos y desordenados. Restablecer imágenes

secuenciales a partir de pedazos viejos de fotos o de cuadros borrosos y testimonios olvidados.

El libro cierra así con un texto que lo coloca en la realidad presente y que incluso por momentos podría clasificarse de sociológico. Sin embargo, visto a la luz del conjunto en el que se integra no es ajeno al fondo del primer ensayo “Voces yaquis en la rebelión de 1740; ironías imperiales en la Sonora Borbónica”, de Raphael Pholsom, y en donde este emblemático pueblo, quizá el que más estereotipa a todos los originarios de la región, cobra una peculiar auto-consciencia. Pholsom da cuenta de un fenómeno que se recogerá en otros trabajos, cómo sus campamentos se cohesionan en torno a liderazgos militares, cuyos mejores representantes han aprendido a jugar tras máscaras de ‘falsa humildad’ e ingenuas astucias. La lista de los líderes en el plazo de las centurias revisadas cambiará, las actitudes conocerán menos modificaciones. Su posición que debemos llamar “política” suena insólita en la narrativa que se nos ofrece; no representan a enemigos de la monarquía, ni de sus intentos innovadores y tampoco parecen ser defensores a ultranza de sus tradiciones y sin embargo se rebelan en contra de jesuitas y funcionarios abusivos, que a su vez también cuentan con yaquis leales. En la revolución observaremos repetidas conductas similares. Las tensiones desatadas porque unos sigan unas banderías y otros otras, son una constante que aparece agudizada en este volumen y que, como se sabe, ha preocupado a varias generaciones de estudiosos.

La referida preocupación se refleja en dos trabajos escritos a dos plumas: el de María del Valle Borrero con Jesús Dénica y el de Zulema Trejo con Esperanza Donjuan. Y es que otra peculiaridad del libro es que aunque el libro presenta catorce ensayos, entrega – sin embargo– las reflexiones combinadas de diecisiete autores. Las combinatorias no paran aquí pues el libro también reúne a los experimentados decanos que organizaron los esfuerzos con otros investigadores y –lo que es de mayor mérito– a estos con estudiantes del posgrado, lo que arroja un producto final que las instituciones deberían frecuentar más para el mejor fogueo de los últimos. En realidad apenas lo poco que se ensayan estas combinaciones por suspicacias y temores académicos que aquí afortunadamente fueron dejados de lado.

Así –regresando–, los referidos trabajos visitan desde ángulos distintos el “problema” genéricamente llamado yaqui: desde la organización de ‘las fuerzas presidiales’ con motivo de las amenazas externas (rusas, francesas e inglesas) y/o de los diversos análisis, intereses y fiebres de Gálvez, con su puntilloso reglamento de 1772, como su atormentada visita en una cambiante circunstancia internacional y en un suelo donde la naturaleza bélica de una frontera de márgenes apenas definidos –en la que comienzan a abundar enemigos y espías, como lo sugiere el trabajo de Mario Manuel Cuevas– marca la pauta de las preocupaciones borbónicas.

Cuevas examina las correrías de dos viajeros a quienes acompaña con fortuna literaria: Cyprien Combier en su *Viaje en el Golfo de California* y Giacomo Beltrami internándose tierra adentro por Tampico. En ese recorrido él deja sospechar al lector que estos naturalistas y científicos aventureros también buscaron fortuna en la política y por qué no, probablemente en la venta de informes a potencias interesadas; después de todo, en el auge del colonialismo europeo ello lucía enteramente plausible.

Desde otro ángulo, aunque con el mismo problema de fondo, la revisión de dos obras del liberal Ignacio Zuñiga –a quien debería concederse el gentilicio de sonoreense por adopción cívica de la historia regional– permitieron a Zulema Trejo y Esperanza Donjuan mostrar las preocupaciones utilitarias en la post independencia. No más y no menos que la consolidación del Estado subnacional, el interés por la educación, el orden administrativo, la colonización, la defensa por la vía de la formación de presidios, etcétera es lo que se revisa a la luz de las preocupaciones de Zuñiga, a quien cabe describir como intelectual no sólo por haber escrito dos trabajos de diagnóstico y propuestas de lo que hoy llamaríamos políticas públicas, sino también porque con él se introduce un matiz filosófico utilitarista a los planteamientos liberales clásicos y también gaditanos que presumiblemente fueron conocidos por las emergentes élites políticas de los ayuntamientos con derecho a representación política. Por cierto, no lo habrían sido todas, a decir de José Marcos Medina, quien lo ejemplifica con las decisiones del Jefe Político Provincial, I. Bustamante.

Por la lectura del agudo y sugerente ensayo de Medina puede desprenderse que, pese a la heredada visión de una historiografía tradicional, ‘avergonzada por la tenue participación sonoreense en la gesta independentista’, fueron muchos y profundos los

cambios a nivel de participación y experimentación política. Medina ofrece un interesante panorama de las modificaciones a las prácticas políticas ‘reinales’ incluidas las que normaron las formas de elegir los órganos de representación. Con ello se inició una nueva ruta histórica para construir un Estado diverso al monárquico; el cambio político fue de gran profundidad pese al poco estruendo y el aparentemente menor gasto de energía social que se empeñó en alcanzar estos logros mayores de trasladar a los vecinos, ciertamente principales, pero influidos de idearios de igualdad ciudadana y de principios liberales –con los que afectarían los viejos patrones de propiedad indígena, como se constata en el trabajo de María del Carmen Bojórquez, con el ejemplo de las tierras de misión de Seris subastadas en almonedas públicas.

Y me gustaría ofrecer ahora una disculpa por no poder ahondar mi análisis de cada ensayo en particular pues, además de robarles gran tiempo, sería infructuoso porque les sustraería de la posibilidad de elaborar su propia lectura.

No obstante la anterior disculpa, sí que me atrevo a proponer una formulación provocativa para invitarlos a continuar esta lectura en voz alta y a normar sus reflexiones. Mi propuesta es la siguiente: en *De los márgenes al centro...* no hay, particularizada en cada artículo, un seguimiento en la reflexión sobre los problemas que acompañaron a los procesos de centralización que han regulado a nuestro país. Quiero decir que aunque en particular esto no se ofrece, en contraste, desde una reflexión atenta sobre el conjunto, sí que podrían extraerse algunas ideas importantes para pensar los procesos que han conformado el Estado central o el Estado unitario que logró forjarse al calor de la postrevolución. Diversos analistas han destacado que uno de los problemas históricos de México ha sido nuestra tardía centralización del poder político que –como saben– sólo se alcanzó en el porfiriato. Pues bien, tanto la Independencia como la Revolución reprodujeron una fragmentación tal de los mecanismos de integración sociopolíticos previos que, en el caso de la Independencia, produjeron una debilidad que sería aprovechada por potencias extranjeras, mientras que en el caso de la Revolución, aunque se renovaron las amenazas de nuevas fragmentaciones y pérdidas de soberanía, sí fue posible mediatizarlas y recomponer incluso en una forma más vigorosa y sana la unicidad de la vida política nacional. Este último proceso no puede ser pensado sin explorar la historia del así denominado “sonorismo” durante la revolución.

Me parece que en esta línea el lector puede encontrar una veta para reflexionar las investigaciones que se exponen aquí. La articulación de una periferia hartamente exitosa que delineó contornos decisivos al núcleo del Estado mexicano. En esta articulación y en trabajos específicos, como el de Eduardo Marcos de la Cruz, saltan a la vista preguntas sobre ¿cómo fue que se lograron procesar las amplias y no pocas veces profundas diferencias entre los multilocales y ascendentes grupos callistas y los aún insuficientemente consolidados estatal y nacionalmente seguidores del General Obregón? El zanjado, que no solución definitiva, de estos peligrosos entrecruces de “discordia y conciliación” aconteció a través de un vector importante al cual la historiografía de la revolución no ha dado el suficiente peso de relevancia que hay que concederle y que no es otro que las formas *sui generis* de los procesos institucionalizadores o normalizantes de la sociedad sonorensis sobre la que ha insistido el doctor Almada Bay delineando un amplio programa-agenda de trabajo del cual entrega hoy otro magnífico ejemplar con su brillante investigación de la relegada e hiperestereotipada visión del maytorenismo. Su detenido examen de las “chusmas y cabecillas” yaquis y mayos que secundaron a Maytorena le permite cuestionar la etiqueta de reaccionario que las fracciones constitucionalistas endilgaron al movimiento encabezado por el gobernador de Sonora.

Desde Diana Balmori diversos trabajos han venido observando la muy peculiar idiosincrasia formativa de las familias sonorenses y sobre la cual Ignacio Almada ha insistido tanto que ahora no requirió hacerlo pues otros colegas lo replantean para enfatizar sus diversos ángulos. Tal es el caso del ensayo de Dora Elvia Enríquez al estudiar el devenir religioso *sui generis* de los pueblos sonorenses; dos peculiaridades de la iglesia fueron ahí no enfrentar competencia de otros ritos y carecer de casi cualquier tipo de vigilancia sacerdotal. ¿Fue Sonora un laboratorio de anticlericalismo? ¿Fue Calles un precursor de la intolerancia religiosa? Una respuesta estereotipada afirmaría que sí; una visión más detenida muestra que no. Con Eduardo Marcos de la Cruz se puede colegir que formaba parte de una propaganda política en el marco de unas elecciones mucho más competidas de lo que solemos imaginar y, como Enríquez señala, formaban parte de una guerra en la que los espías de la revolución jugaban un papel central, pero en donde los clérigos se sentían sobre todo dolidos por la indiferencia de la población. No obstante, llama la atención que los primeros adversarios al huertismo procedieran de puntos (el nororiente del Estado) donde los

principios de heterodoxia cultural eran más vigentes. Habiendo o no habiendo interés en confrontar a la jerarquía eclesiástica, el choque era inevitable: los vientos de cambio golpeaban a los agentes del *establishment* pues la iglesia mostró que no sería sólo un símbolo neutro, como se haría evidente una década después. Por lo demás, es claro que Calles sospechaba que entre los curas había espías y saboteadores. Así que por más que no tuviera problemas con la institución *per se*, descreía de las bondades individuales de la clerecía solo por el hecho de pretender ser hombres sagrados. En su formación como hombre de gobierno Calles comprendió tempranamente los intereses y actitudes de la baja clerecía provincial.

También una visión rica de “variantes” nos presenta Marí Patricia Vega al revisar la articulación de la minería sonorenses y señala las dificultades presentes para reconstruir el mapa del descontento entre los mineros. Cabe aprovechar la oportunidad para comentar que la perspectiva “del proceso de centralización económica” que se ofrece aquí no coincide para nada con una centralización política orientada hacia adentro de México sino que corría, como afirma la autora, hacia “la incorporación de los espacios mineros sonorenses con la geografía productiva norteamericana” y particularmente con las localidades mineras del sur de Arizona. Me parece que el libro del recientemente fallecido Ramón Eduardo Ruiz sobre los capitalistas yanquis informa más que el artículo que ella comenta en su pormenorizado recuento historiográfico.

En el cuadro de los cambios y continuidades de este Estado subnacional no faltaron ensayos que exploraron los problemas económicos. Ana Isabel Grijalva estudia la “paralización de la banca” porfiriana y cómo ésta afectó a las redes empresariales del Estado. El rumbo económico conocería alteraciones que marcarían nuevas pautas. ¿Por qué no se desarrolló más la producción basada en ejidos? Es una pregunta que en cierto modo ronda el trabajo de Esther Padilla, quien ha realizado una puntillosa investigación primaria sobre la mutación social de las poblaciones de Los Ángeles y San Miguel Horcasitas en el centro geográfico de Sonora. La mezcla social implícita a los obreros de una fábrica importante de la localidad y los peones, campesinos y arrendatarios que trabajaban en la hacienda dominante de estos pueblos vecinos, ofrece a esta investigadora la oportunidad para revelar las complejidades presentes en la formación de los ejidos sonorenses, incluidas diferencias importantes entre Obregón y Calles, pero también las confrontaciones en el pueblo bajo, esto es, entre los beneficiarios de los

repartos. Y sobre todo estas son las que parecen haber determinado el curso del reparto agrario en esta zona del Estado; ¿se podría extrapolar dicha tendencia a otras villas y pueblos de Sonora? Esperemos que el afinado conocimiento de los archivos estatales que demuestra esta investigadora se prodigue en otras localidades aún poco estudiadas.

Hay un juego dialéctico en los dos pares conceptuales (los cambios “contra” las continuidades y la periferia “contra” el centro) que dieron origen a este libro, y Sonora es probablemente la elección más adecuada para expresarlos. Por un lado, como ningún otro estado subnacional, el margen sonorenses determinaría la moderna función centralizadora de la vida nacional. Si México es un país centralista, este centralismo es producto de agentes foráneos a la ciudad de México, y si los primeros conatos centralizadores durante el siglo XIX procedieron de Oaxaca o del Bajío, los del siglo XX procedieron de Coahuila pero sobre todo de Sonora. Los revolucionarios sonorenses moldearían al Estado mexicano durante un ciclo que sería definitorio para nuestra nacionalidad. Las continuidades y los cambios saltan y chocan a lo largo de este libro intentando reflejar realísticamente procesos cruciales, apretados genéricamente bajo los rótulos de la “Independencia” y la “Revolución”, y con los cuales se nos invita a conmemorar pero sobre todo a repensar con mayor agudeza la historia de Sonora.